

METAFÍSICA AL SERVICIO DE LA VIDA BUENA

Remedios ÁVILA, *El desafío del nihilismo. La reflexión metafísica como piedad del pensar*, Trotta, Madrid, 2005.

«Reivindicar la metafísica»: lema de brocha gorda que podría resumir la lectura de esta obra, igual que podría falsearla por ser sólo fórmula muda si no la completamos con alguna explicación acerca del sentido de tal reivindicación y de tal metafísica.

Se habla aquí de una metafísica entendida como irrenunciable preguntar humano por su ser y su sentido. Un cuestionarse que, lejos de primar la respuesta definitiva, se quiere recurrente, reiterativo, nunca concluyente, porque así lo exige el *material* sobre el que se pregunta. La metafísica a la que se convoca es interrogante, es camino sin meta fija, es preguntarse por las cosas que se consideran todavía necesarias, aun sabiendo de la imposibilidad de su definición total. Se renuncia, por tanto, a la voluntad sistémica que pretende saber todo sobre lo último y de modo definitivo. Pero —tal es la reivindicación— se apuesta por persistir en las preguntas y en la voluntad de preguntar, esto es, por mantenerse en la *piedad del pensar*, en el respeto a lo cambiante del mundo, en el culto al pensamiento, en la justicia a lo que somos y a lo que es (interrogantes inconclusos).

¿Para qué tal reivindicación? Ahí, en la funcionalidad, en su carácter práctico, radica lo específico de este libro, es decir, su tesis: la metafísica está vinculada a la ética, a la búsqueda de la vida buena, al planteamiento de vías de solución de problemas concretos, que asumen también el carácter provisional y mutable de sus motivos y de sus soluciones. Así las cosas, la piedad —entendida sobre todo como respeto y valoración de la vida— es el término que en la obra se opone al nihilismo —entendido como actitud irrespetuosa y destructora de la vida. Pero en consonancia con el sentido de metafísica que Remedios Ávila defiende, no se busca plantear la cuestión desde la fácil y falsa perspectiva de una filosofía que, de tan madura y educativa, sea capaz de contrarrestar con su luz clara el lado oscuro del sin sentido

nihilista. Se trata —interpreto— de ir más allá de estas dualidades simples que plantean una lucha de contrarios perfectos, esto es, de fuerzas creadoras, afirmativas, benefactoras y pedagógicas, contra fuerzas destructoras, oscuras, negativas y nihilistas. En definitiva, se propone dinamitar la vieja distinción entre ser y no-ser, que ya sabemos compleja y no dicotómica, noticia que se une a la de la coexistencia y ambigüedad de los aparentes contrarios, de sus máscaras y continuidades. Si la metafísica se ocupa del ser y el sentido, esto siempre ha mantenido cierta ambivalencia con la nada. La creación no siempre —o no sólo— edifica, y en consecuencia tampoco deberíamos tomar el nihilismo en su banal carácter destructivo.

Remedios Ávila parte de la ruptura de la armonía entre razón, fe y virtud —en cuya quiebra Kant y Schopenhauer son puntos de inflexión—, para repensar la metafísica —ya desautorizada de sus pretensiones absolutas— en su vinculación con algunas discusiones filosóficas clásicas. Acto seguido, plantea orientaciones positivas —siempre abiertas— que dirijan el desafío al nihilismo, es decir, que discutan la tentación de desacreditar la vida por desatender las pretensiones humanas de estabilidad y seguridad.

La experiencia del cambio y del movimiento, que es la de la escisión, la diferencia, la multiplicidad, y anímicamente la de la inseguridad (miedo, dolor) asociada a ellas; todo esto, que es la misma cosa, motiva a la filosofía, llama al pensamiento. Así lo hizo en sus orígenes. El dolor es un reto que da que pensar. Así lo refiere Ávila sobre todo atendiendo a la figura de Schopenhauer, filósofo que le sirve para justificar la íntima conexión entre lo afectivo y el pensamiento, entre el cuerpo visto como red de sensaciones y como posibilidad de acceso racional a sí mismo y al mundo. Frente al modo platónico de afrontar la multiplicidad y la mutabilidad de las cosas, que busca una seguridad plena (salud) otorgada gracias a la ilusión del doble mundo, útil para paliar la incertidumbre de una vida que se vive mientras se ensaya a vivir. Frente a ello, digo, el presente trabajo asume como irrenunciable la experiencia de una identidad incompleta, no armónica, discontinua, con fisuras. Ello no significa una renuncia a la identidad, pero





tampoco un ilusorio ejercicio de abstracción de sus múltiples aristas. La autora sostiene aún la necesidad de un criterio rector, de una voluntad de estilo, de una cierta unidad en lo disperso, pero sin caer en la tentación de apuntalar un orden perfecto extramundano que sostenga el desorden de este mundo nuestro, y sin caer *sensu contrario* en la pérdida total de referentes derivada de la simple destrucción de tal orden. Ambos extremos adolecen de similar vacío. En este camino, la identidad se logra con el concurso de lo (el)otro, con la interacción, con el ir y venir de las relaciones. En resumen, en la experiencia de la fragmentación y de la escisión, Ávila asume que vivir es poner en juego un patrón de referencia, un horizonte acordado y en construcción. Ésta es una actividad que recuerda mucho a los modos que tiene la hermenéutica de aproximarse —y también de tomar distancia— con respecto a los textos (léase, cualquier formulación humana).

Es ahí donde la filosofía cumple algunas de sus promesas, ya no tan ambiciosas como antaño. La reflexión (siempre acompañada de supuestos previos y en permanente conexión con los estados anímicos), tiene que optar, tiene que decidir unos sentidos que estén legitimados (nunca del todo) racionalmente. Juguemos (seriamente) al juego del sentido. Pues bien, *El desafío del nihilismo* habla de la decisión de una esencia y una existencia que ya no queremos falsamente concluyente, sino abierta, al modo del lector que interpreta textos (la autora se apoya aquí en Ricoeur). Así, dice la profesora Ávila Crespo, en medio de la diversidad que somos, aún seguimos reconociéndonos como idénticos, una identidad proporcionada por la memoria, y una memoria que no sólo recuerda (crea) su pasado, sino que también anticipa su futuro. Se habla, por tanto, de una ambivalencia entre la solidez de la verdad encontrada para siempre y la laxitud del mero desencanto, y para ello se exige una ontología siempre inacabada, unas esencias y unas existencias ahora ya humildes, pero necesarias.

Con esta toma de partido ya realizada, aparece la piedad como disolvente de la destrucción nihilista que se deriva del fin de la armonía entre razón, fe y virtud. En este punto, el con-

vencimiento de una filosofía en constante caminar llama a compartir labores y no al aislamiento pesimista que se deja vencer por el desconsuelo, ante la imposible obtención de una seguridad eterna en este mundo. Se trata de celebrar lo indeterminable de la vida humana como su principal virtud y no de penar por ello como su descrédito. Tal es el sentido de piedad del que habla Remedios Ávila, y que hace referir sobre todo a la figura del Nietzsche de la abundancia y del amor a la vida.

El afecto por la vida es tal y tan abundante en Nietzsche que quiere incluso el sufrimiento, la inestabilidad y el cambio como elementos intrínsecos a ella. Se juega a toda la vida, se ama su carácter inabarcable, y no sólo aquella parte que más felizmente convenga. Se quiere el abismo en que la vida se mantiene, entre las asas y su inseguridad, entre la belleza y la verdad, en una armonía en permanente estado de amenaza. Éste es el espíritu al que, dice Ávila, llama el Nietzsche seducido por Grecia y enervado contra el cristianismo y contra Sócrates. Lo opuesto, la búsqueda de firmes cimientos, de explicaciones perfectas y de sistemas completos, son sólo adormecedores de los que, según la profesora Remedios Ávila, aún hoy nos estamos deshaciendo gracias a pensamientos tan inasibles y ricos como los de Nietzsche o Heidegger. Unos pensamientos que están siempre en camino y que, para la autora y salvando las muchas distancias que los separan, son indisolubles de un cierto sentido ético, de una metafísica que es reflexión de y sobre la vida, y donde se difuminan (o se clausuran) las dualidades estrictas entre especulación teórica y comportamiento práctico.

El Nietzsche que presenta Ávila —caben otros— obedece también al oficio de pulidor de lentes que Spinoza encarna, aunque sólo sea en la sospecha de que tal lente no está tan limpia como superficialmente nos parece. No solemos reparar en la lente; tan absortos estamos en su a través. Por ello, llama Nietzsche, a su modo, a una cierta corrección de la mirada, donde la vida —compleja— sea el objeto de la filosofía. Un Nietzsche piadoso —Ávila alude sobre todo a la figura del Zaratustra—, que frente a la piedad entendida religiosamente como renuncia a esta vida por considerarla mero paso lastimoso hacia

la bondad del más allá, opone el amor, la abundancia que quiere la vida con su devenir, la risa, el disolvente de la ironía, y también la valentía y el conocimiento. La filosofía de Nietzsche se presenta aquí como una expresión de respeto y de amor a la vida en toda su amplitud, que incluye el reconocimiento de las limitaciones humanas. Esta orientación se pierde cuando se confía en la potencia de la razón como plena desocultadora de una verdad que ingenuamente puede y debe conocerse del todo. Ésta es una actitud impía, soberbia, extralimitada, excesiva.

Hybris contra la vida. Modo de ser que esconde miedo a querer la vida tal y como se presenta, sin la absolutización del tamiz asegurador del intelecto, sin optimizarla falsamente, más allá de la dicotomía extrema entre optimismo racionalista y pesimismo nihilista. Miedo al dolor y a la belleza de la vida. Conservadurismo medroso del que el Nietzsche que aquí se nos presenta se ríe, alegre y malicioso. El humor que celebra el claroscuro.

Rafael MORENO GUTIÉRREZ

